



EL PODER CURATIVO DE LA FE EN LA ENFERMEDAD

Testimonios

Vivir la enfermedad y la muerte no es fácil humanamente. Vivir la fe en ellas, tampoco. Pero cuando se vive de verdad, la fe sana, cura, salva y se convierte en fuente de salud. Pues la fe:

- Ayuda a afrontar su enfermedad con realismo y asumirla con paz con todas sus consecuencias
- Anima a emprender la importante tarea de ir recomponiendo su vida, fuertemente trastornada por la enfermedad
- Sana la comunicación con los demás y la acrecienta.
- Comunica serenidad, paz y esperanza.
- Ilumina y llena de sentido la existencia.
- Fortalece en la debilidad e infunde aliento, coraje y paciencia en la lucha por la curación.
- Consuela en la angustia y robustece en la inseguridad.
- Ayuda a sobreponerse ante la situación irremediable y a asumirla con entereza.
- Despierta la confianza en el Padre y renueva su capacidad de seguir amando a Dios y a sus hermanos aun en medio del dolor.
- Abre al Espíritu dador de vida y fuente de consuelo.
- Descubre nuevas posibilidades de ser útil, y de evangelizar desde la enfermedad.
- Conforta, da paz y anima a poner confiadamente la vida en las manos amorosas del Padre y a confiarle nuestro futuro.

Hermanos nuestros que pasaron por la enfermedad y compartieron su experiencia, son el mejor testimonio del poder curativo de la fe. La mejor forma de agradecerles el regalo de sus confidencias es darlas a conocer en la seguridad de que nuestro Dios nos habla a través de ellas y nos invita a creer y confiar en Él.

La fe iluminó mi enfermedad

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO, SACERDOTE, POETA Y PERIODISTA

«Yo no habría sabido estar enfermo sin el ejemplo de Jesús. La fortuna de conocer su camino ha sido, sin duda lo más iluminador en mi enfermedad. Gracias a él, la enfermedad ha iluminado mi fe, al mismo tiempo que la fe, iluminaba mi enfermedad. La enfermedad

iluminaba mi fe porque la hacía, tal vez por primera vez, verdadera ¡Que fácil es creer y predicar cuando todo va bien! El dolor me ha permitido descubrir que no creía muchas cosas que creía creer.

Pero he de añadir que la fe iluminaba mucho más mi enfermedad... Encontrar que desde mi enfermedad participo más viva y verdaderamente en la pasión de Jesús ha sido para mí la fuente primordial de mi esperanza y mi alegría. Jamás pido a Dios que me cure mi enfermedad, porque me parece un abuso de confianza y, sobre todo, porque temo que, si me quitase Dios mi enfermedad, me estaría privando de una de las pocas cosas buenas que tengo: mi posibilidad de colaborar con él más íntimamente, más realmente. Le pido, sí, que me ayude a llevar la enfermedad con alegría; que la haga fructificar, que no la estropee yo por mi egoísmo o mi necesidad de cariño. Estar, vivir en el Huerto no es ningún placer, pero sí es un regalo, un don, tal vez el único que, al final de mi vida, **pueda yo poner en sus manos de Padre.»**¹

Noche oscura, resplandor de estrellas

ALEJANDRO FERNÁNDEZ BARRAJÓN, EX - PRESIDENTE DE LA CONFER

Cuando los médicos me confirmaron la existencia de un tumor en el cerebro, la noche oscura se expandió dentro de mí sin permitirme un respiro. Era consciente de la gravedad de mi situación; estaba en un momento crucial de mi vida y la posibilidad de sufrir pérdidas vitales, e incluso la muerte, me quitaban la serenidad. Quise unirme al Getsemaní y al Calvario... El dolor del mundo y el desvalimiento humano han sido siempre para mi motivo de interrogación, de compasión y de búsqueda. Solo en el Evangelio he podido encontrar una explicación y un cierto consuelo, contemplando la realidad de Cristo entregado por amor en la Cruz. He tenido momentos en que el dolor me extenuaba y me torturaba hasta extremos que llegaron a parecerme inhumanos y me preguntaba que podía hacer con aquel dolor... Decidí que se convirtiera en ofrenda a Dios por la comunidad cristiana de mi parroquia, por compañeros, por otros enfermos... Ahora que ya pasado todo, siento que amo más a Dios, a mi familia, a mis hermanos de comunidad, a mis amigos y a tantos que se han cruzado en mi cañada oscura en forma de visita, de llamada, de mensaje. Ha sido un “tsunami” de afecto y amor el que he recibido y al que solo puedo corresponder en forma de amor.²

En la enfermedad he redescubierto vitalmente la fe

EDILIO MOSTEO, SACERDOTE

«Perder la salud me ha concedido un redescubrimiento vital de la fe. Ha sido como un despertar nuevo a algo que estaba dentro de mí; mejor, a Alguien que moraba en mí; con Jacob, una vez más, me siento impulsado a confesar, con estremecimiento, sobre la piedra de mi enfermedad: ¡Así, pues, Yahvé está en este lugar y yo no lo sabía!... El Señor ha hecho camino de esta enfermedad mía, concediéndome la petición del salmo: *Me enseñarás el sendero de la vida*. Donde parecía que todo se acababa comenzó un sendero, una vida nueva, pura obra suya, en la que yo he colaborado a trancas y barrancas, torpemente a veces y otras veces mal... Desde la enfermedad, desde el sufrimiento, se ve a Dios también de otra manera. Los enfermos nos dan una mirada privilegiada, clarividente, del misterio de Dios, de su infinita belleza, aunque sea desde la ausencia.»³

¹ Martín Descalzo JL, Reflexiones de un enfermo en torno al dolor y la enfermedad, Congreso de las Hospitalidades Españolas de N^a S^a de Lourdes, El Escorial, noviembre 1990

² Fdez. Barraión Alejandro, Noche oscura, resplandor de estrellas, Paulinas 2012

³ Labor Hospitalaria n. 262 (2001): *Orar en la enfermedad*.

Me bastaba saber que Dios me amaba

JAVIER OSÉS, OBISPO

«Experimenté que, en ese momento, Dios es la ayuda más profunda y decisiva y que la salud, para un cristiano, es bastante más que el no estar amenazado de muerte y que nuestro Dios, Creador y Padre, es realmente el Dios de la Vida. Saber que, en esos momentos precisamente, Dios se esmera más en hacer sentir la experiencia de su amor, me dio mucha paz. No tenía ganas de nada, ni de rezar, ni de pensar, ni de hablar. Sólo asomaban algunos sentimientos espontáneos referidos a Dios, a la familia, al personal que andaba por la UCI. Me bastaba saber que Dios me amaba y había que dejarle que fuese conmigo Padre. La enfermedad y la larga convalecencia me han servido para replantear más a fondo mi vida, para experimentar que la enfermedad y la salud son don de Dios, que la enfermedad baja los humos y que en la vida hay cosas que siguen siendo primeras y otras segundas o terceras. Dios, su bondad y su Reino, son lo primero.»⁴

La fe fortalece mi vida

LOURDES CUNI

Soy disminuida física. Mi discapacidad me afecta al habla. No puedo hablar y tampoco puedo andar; por ello debo utilizar una silla de ruedas. Durante mucho tiempo he vivido angustiada. A menudo me he preguntado cuál era el sentido de mi vida y por qué me ha pasado esto a mí. Esta pregunta ha sido constante, y la prueba ha sido dura. Durante años, la única respuesta ha sido descubrir cada mañana que estaba siempre en el mismo sitio: atada a una silla de ruedas. A veces he sentido que me habían arrancado la esperanza. Me sentía como si llevara una cruz, pero sin el aliento de la fe. Un día descubrí a Jesucristo y cambió mi vida. El Señor, con su gracia, me ayudó a recobrar la esperanza y a caminar hacia delante. Ahora, cuando veo a otros jóvenes enfermos al lado mío, pienso que mi cruz es muy pequeña comparada con la de ellos, y me gustaría mostrarles cómo yo encontré al Señor, para transformar su dolor en un camino de esperanza, de vida y de santidad. La fe fortalece mi vida. Cada día me pongo en las manos de Dios. ¡Gracias, Santo Padre, por su ejemplo!

La oración me dio paz

MAITE

El día en que cumplí los 37 años, apareció el dolor, la incapacidad y la enfermedad grave en mi vida. Cuando los médicos me dijeron que no volvería a andar, y las muletas eran mis compañeras, yo sólo podía rezar. Mi oración sólo podía ser una: *Señor, aquí estoy para hacer tu voluntad*. No entendía nada, no sabía nada; el desconcierto parecía rodearlo todo. Lo que pensaba hasta ese momento se había roto. La fortaleza se había transformado en debilidad, la independencia en dependencia, la vitalidad en pasividad. No podía coger ni un vaso de agua, ni la ropa del armario, no podía ducharme; es decir *los no puedo* parecían rodearlo todo. Pero *sabía que era amada por Aquel que es Amor*. Me sabía amada con pasión y que aunque yo no lo pudiese comprender, Él estaba conmigo. La oración de los “hermanos” me sostenía, pues sé que sin ello no hubiera sido posible el que yo tuviera una **paz** tan maravillosa en medio de la tormenta. Hasta los médicos que me tratan se quedan maravillados por la **paz** y el humor que el Señor me concedió, y dicen que es una de las causas por las que la salud se ha ido recobrando poco a poco.

Dios me concede la posibilidad de crecer, también en el dolor

⁴ Boletín Prosac N° 14 (2000)

JESÚS BURGALETA, PROFESOR INSTITUTO DE PASTORAL

«Dios está con el hombre como es: débil, limitado, solo, abandonado; de lo contrario nos rompería. Dios respeta y ama la finitud de lo limitado. Dios no libera al hombre de serlo: lo quiere hombre. Le ayuda a que sea lo que es. Dios ha devenido hombre y no puede ya sino ser el Dios feliz con el que goza, el Dios doliente con el que sufre. Dios, en la enfermedad, no puede hacer con nosotros otra cosa que amarnos amándose y, por lo tanto, respetar lo que somos. Dios no sólo compadece con mi dolor; mi dolor es su dolor. Dios está en la soledad extrema de mi cama, no como un simple "otro" que enjuga mi sudor, sino como lo más radical e íntimo de mí. A Dios se le vislumbra en la debilidad. A Dios se le abraza en la fragilidad; aunque cuando aprietas los brazos tengas la sensación de no abrazar nada. Asumir la ruptura de todas las representaciones de Dios, aun la más legítima -Padre-, es el culmen de la fe, el amor y la esperanza. Dios me concede la posibilidad de vivir y de crecer, también en el dolor. A Dios le pido lo mismo que él me da y quiere: poder ser persona en la salud y en la enfermedad. Le pido comunión con él, conmigo y con los demás. Hágase su voluntad.»⁵

La fe me sirvió para fiarme más de Dios

JOSÉ LUIS REDRADO, HNO DE SAN JUAN DE DIOS

«Como cristiano, como religioso, como hospitalario puedo confesar que, durante mi enfermedad, he visto a Dios a través de tantas "mediaciones humanas", de tantas cosas pequeñas e insignificantes que en otros momentos de la vida pasan desapercibidas. La enfermedad me ha servido para fiarme más de Dios y para relativizar muchas cosas que aparentemente crees que son importantes y no lo son. No es fácil la oración, sobre todo en los momentos más agudos de la enfermedad. Mi oración eran las sencillas jaculatorias y frases de los salmos. He sentido como nunca la oración de los otros; tantos me lo decían que rezaban por mí y, verdaderamente, he sentido este "empujón", esta fuerza, y pensaba: si los hombres están cerca de ti ¿cómo no lo va a estar Dios?»

En el dolor puedo seguir amando

CECILIA PUERTAS, RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

«Llegas al límite de todo, te llenas de interrogantes y surgen los porqués como un grito de rebeldía, porque la fe no suprime los interrogantes; más bien, éstos, a veces, aumentan. El dolor no se entiende. Dios no responde, hay que acogerlo. Este no entender y la aparente ausencia de Dios a través de su Silencio te llevan a rebelarte, a protestar, al rechazo, a encerrarte en ti mismo, o a acogerlo como realidad inevitable que está ahí y de la que no puedes escapar. Te sientes entre dos posturas, la desesperación o la aceptación que te lleva al abandono. Dios no explica nada, el dolor está ahí, no lo suprime, le da sentido porque lo llena de su Presencia. Muchas veces surge el grito: "*Padre, si es posible aparta de mí este cáliz*". Y ahí, en ese mismo grito, sientes que una mano te sostiene, oscura, pero que está ahí. Otras veces el sinsentido parece ser la respuesta, porque su silencio pesa. Todo es oscuro, tremendo. Dios no responde, hay que acogerlo, vivir bajo la cruz. Desde aquí mirar al Crucificado te hace descubrir a Dios crucificado en ti, ayudándote, a vivir el dolor en lugar de dejarte ahogar por él. Cruz salvadora y no por el mismo dolor, sino por el Amor sin límites de Dios que sientes brotar de ti. En el dolor yo puedo seguir amando a Dios, y no a un Dios que me envía dolores y sufrimientos, sino a un Dios que se hace dolor y sufre conmigo para vestirlo de Fiesta: la Fiesta del Amor, porque El está ahí, junto a mí, en mí, para ayudarme a sufrir con alegría.»⁶

⁵ Alemany C. (Ed.), 14 aprendizajes vitales, DDB, Bilbao 1997

⁶ Teología y catequesis 28 (1989): *Vivir la fe desde el dolor*.

Está despuntando la aurora llena de luz

ÁNGEL MOROS, SACERDOTE

Poco a poco mi voz se va apagando y que cada vez me cuesta más tiempo y esfuerzo pronunciarla. Gracias al cariño de Dios, y al vuestro, he podido abrazar mi enfermedad y aceptar voluntariamente mi muerte. He descubierto que es necesario que el trigo muera para ser fecundo y, así, resucitar. De este modo, el memorial del Señor, su muerte y su resurrección, -¡tantas veces celebrado en cada Eucaristía!- ha pasado a ser, para mí, una vivencia personal. Yo ya he tenido mi Pascua. Necesito tiempo y ese “lugar tranquilo y apartado”, donde pueda vivir lo que me quede de vida de modo diferente. Necesito *el silencio*, para almacenar vuestros besos, lágrimas y aliento. Necesito *volver a evocar* que, a través de mis manos –que ahora están como las de Cristo sujetas a los clavos de la enfermedad- han pasado ríos de gracia y montones de caricias. Necesito de ese *tiempo para saborear* lo mucho que os quiero, y os quiero. Necesito perdonarme a mí mismo y saber que vosotros también me habéis perdonado, como ya sé que lo ha hecho Dios. Necesito... deseo... ansío tantas cosas que me va a faltar tiempo. Necesito, sobre todo, “*volver a veros*” en otro lugar “*de otra manera*” para confirmar que nunca os perderé y para confirmaros que sigo siendo el mismo. Tengo que partir, pues el día ha llegado, y me están llamando. Os dejo un trozo de mi pobre corazón, y sobre todo mi agradecimiento. “*No temáis*”. Voy a otra casa que por ser de Jesús es también la mía. Allí os espero. No estéis tristes, porque está despuntando la aurora, llena de luz y de ternura de Dios y en la otra ribera ya no hay tristeza ni dolor.

Se puede sufrir y ser feliz

MARISOL, ENFERMERA

Mi oración quedó reducida a apenas unas palabras; cuando desperté en la UCI y me vi con vida, aunque rota por todos los lados, sólo me salía decir: "Señor, ten piedad y misericordia de mí...", pero también me quedé sin voz ante Él. Hoy estoy aprendiendo a estar con Él en horas sin tiempo, a gozar de Él aun sufriendo, porque se puede sufrir y ser feliz. Amo la vida, y a veces he temido morir, pero su presencia, su cercanía, su extraña manera de acompañarnos, me quitaba los miedos y he podido vivir la grata experiencia de un "encuentro" con Él. Mi vida es Él, Él es mi salud y mi paz. Es mi alegría, mi paciencia, mi consuelo y fortaleza. Él es mi amor. Amor que me permite amar a cualquier hombre haciéndole mi hermano en una Iglesia a la que amo apasionadamente. Amor, que no cambiaría por el mayor de los tesoros de la tierra. Sueño con el día en que Él me permita caminar por mi pie y respirar por mí misma, que vea recobrada mi salud y pueda incorporar mi vida al servicio; mientras tanto,...vivo sencillamente y AMO.

Dios está conmigo en la oscuridad y en el resplandor

MARÍA JOSÉ, PERIODISTA, ENFERMA DE SIDA

«En la mañana del 1 de enero, después de la crisis desesperada de la Nochevieja, me senté junto al sagrario, en una iglesia casi vacía y volqué todo mi dolor con absoluta sinceridad. Me dirigí a Dios y le dije algo así: – *Te estás pasando conmigo, ¿sabes? Amé a un hombre encantador, me casé con él y resultó ser un farsante que me destrozó la vida. Dejé mi trabajo para cuidarle en su enfermedad y su depresión y tan bien lo hice que volvió a ser el de siempre y tuvimos que separarnos. Recibí una sola transfusión y me metieron en la sangre la enfermedad más terrorífica del siglo (SIDA). En menos de un año he perdido el trabajo, el marido, la estabilidad económica, la salud y hasta la esperanza de una muerte digna. ¿Por qué me haces esto? ¿Qué clase de heroína crees que soy?*

Después de este estallido, me sentí casi blasfema, quise pedir perdón, pero me di cuenta de lo absurdo de mi actitud. Si Dios me conocía hasta el fondo de mi alma, ¿de qué sirve que le diga que lo acepto todo cuando estoy sintiendo lo contrario? ¿Puede alguien mentir a Dios como se miente a los hombres? Creo en Dios, no puedo evitarlo. Y creo que es mi Padre y que me ama, aunque no soluciona mis problemas... porque quizá, si lo hiciera, él sería un mago y esta vida una historia de ciencia-ficción. Creo que Dios estará junto a mí, sufriendo o gozando conmigo tanto en la oscuridad como en el resplandor».

Morir será empezar a vivir de verdad

NARCISO YEPES, MÚSICO

«Cuando se vive con la fe y de la fe, se entiende mejor el misterio del dolor humano. El dolor acerca a la intimidad de Dios. Es... una predilección, una confianza de Dios hacia el hombre". Dios trata duro a los que quiere santos... Pero no es el trato duro, áspero e insufrible de un todopoderoso tirano, sino... ¿sabré hacerme entender?, la caricia de un padre que se apoya en su hijo. Y esa caricia... limpia, sosiega y enriquece el alma. Y se obtiene la certeza moral y hasta física de que la muerte ha de ser un paso maravilloso: llegar, por fin, a la felicidad que nunca se acaba y que nada ni nadie puede desbaratar... ¡Empezar a vivir de verdad!»

Mi Señor está conmigo y me acompaña

FRANCISCO CONTRERAS, ESCRITURISTA

«Confieso que he pasado por noches en donde hasta la misma tiniebla se ennegrece. Pero mi Señor no está lejos, no me abandona nunca; no me espera impasible al final del túnel para darme el premio o la recompensa, por haber sido capaz de atravesar solo tanta oscuridad. No se encuentra distante, aguardando impávidamente mi larga travesía en la soledad. Mi Señor está conmigo y me acompaña. ¡Este es el gran consuelo de nuestra fe!... La vida es don de Dios, un regalo inmerecido; la acepto, la acojo, la reclino entre mis manos y la reparto generosamente. Entro en el misterio de la donación y gratuidad de la vida. *¡Todo es gracia!* Ya no me preocupo por el mañana. Me será dado lo que Dios quiera darme cada día. No dejo de agradecer y saborear los detalles cotidianos que su bondad me dispensa. Continúo abriendo la ventana, cada amanecer, saludo la luz del nuevo día, y grito lleno de júbilo: *¡Gracias, Señor, estamos vivos!* Sigo la suerte de mis hermanos, en especial de los más pobres y hambrientos. Esta vida es una oportunidad única: me comprometo a entregarles el pan de la Palabra.»⁷

Gracias, Señor, por el regalo de la fe

BERNARD HÄRING

Dos horas antes de la operación vino una enfermera joven a ponerme la «Inyección de la indiferencia». Me miró llena de admiración y dijo: «Voy a hacer algo de lo que el médico no debe enterarse. Tengo que preguntarle cómo puede estar tan radiante de alegría antes de una operación tan difícil». Como estaba mudo a causa de la operación anterior, le contesté escribiendo en una pizarra: *«Es pura gracia. Si no diera gracias, la perdería enseguida»*. No podía contarle sin embargo que este sentimiento de felicidad había arraigado en mí una lejana noche de oración, en la que aprendí que hay que «dar siempre gracias a Dios –y alabarlo-, porque este es el camino de la salvación y de la curación».

«¡Abba! ¡Padre de la luz! Gracias por el regalo de la fe, por la experiencia de la confianza, por el don de tu amor. Pero cuanto más fuerte me siento con la oración Abba, más compasión siento por los enfermos y los ancianos que no te conocen apenas o ven en ti sobre todo al juez. Tal vez dudan de tu amor paterno porque en la vida o en su sufrimiento se ha tenido con ellos poco amor sincero. Compadécete de ellos. Dale, hoy y todos los

⁷ Francisco Contreras, El cáncer me ha dado la vida, PPC 2009

días, personas que les hagan intuir, a través de la bondad, de la comprensión y la disponibilidad que tú, Dios de amor, eres el corazón de toda la existencia. Ayúdame hoy a transmitir a las personas con las que me encuentre algo del amor y la paz que me has dado a mí. Amén.»⁸

Mi corazón rebosa alegría. Estoy en paz

JOSEPH BERNARDIN, CARDENAL DE CHICAGO

«Fui sacerdote durante cuarenta y tres años y obispo durante veintinueve. Siempre he dicho a los demás que se pusieran en manos del Señor. He aconsejado a mucha gente que estaba afrontando lo que yo afronto ahora. Ha llegado para mí el momento de practicar lo que predico. Durante ese tiempo rogué a Dios que me concediera la gracia para sobrellevar mi operación y mi tratamiento postoperatorio con fe, sin amargura ni angustia indebida. El regalo especial que Dios me ha hecho es un *regalo de paz*. A su vez, mi regalo especial a los demás es compartir la paz de Dios, ayudarles a sobrellevar la enfermedad, los tiempos difíciles. Al hablarles de mi paz interior, espero que la gente vea que en la oración y en la fe hay mucho más que meras palabras. Dios en realidad nos ayuda a vivir plenamente incluso en los peores momentos Y la capacidad para hacerlo depende de la profundidad de nuestra relación con Dios a través de la oración. En los momentos sombríos, aparte de la fe y la confianza en el Señor, me sostenía la conciencia de que miles de personas estaban orando por mí...

Mientras escribo estas palabras finales, mi corazón rebosa de alegría. Estoy en paz. Es el primer día de noviembre y el otoño va dando paso al invierno. Pronto los árboles perderán los colores vibrantes de sus hojas y la nieve cubrirá el suelo. Los inviernos de Chicago son duros. Es tiempo de muerte. Sabemos que pronto vendrá la primavera con toda su nueva vida y su maravilla. Es evidente que en primavera no estaré vivo. Pero pronto experimentaré nueva vida de otra manera. Aunque no sé qué me espera en la otra vida, sé que así como Dios me llamó para que lo sirviera con toda mi capacidad a lo largo de mi vida en la tierra, ahora me llama a casa.»⁹

Agradezco a Dios la oportunidad de ver llegar la muerte

JAVIER MAHILLO, FILÓSOFO Y ESCRITOR

El sufrimiento y las contrariedades no son regalos de Dios sino oportunidades para decidir libremente quiénes somos y qué queremos llegar a ser, lo mismo que las cosas maravillosas que nos pasan. A base de cosas agradables y desagradables que nos van sucediendo, nos vamos moldeando como seres humanos positivos o negativos, cultivando y desarrollando valores humanos o volviéndonos cada día menos solidarios, más egoístas, menos humanos y más animales. Es el resultado de nuestras decisiones.... Tengo las maletas hechas, estoy dispuesto a emprender este maravilloso viaje.... Llevo tres años pidiéndole a Dios que se haga su voluntad, tal cual, porque sé que es lo que más me conviene a mí y a mi familia. A fin de cuentas, mis hijos no son míos, son de Dios, que me los dejó unos años en préstamo. Si ahora decide quitarme de en medio, él sabrá por qué... ya se encargará él de que no les falte de nada.... La vida hay que vivirla hasta el último día con intensidad, con alegría, dando todo el amor que podamos y dejándonos amar por los demás, aunque a veces nos salga todo al revés. La muerte es el momento en que empezaré a vivir la verdadera vida con todas mis posibilidades a tope, con un cuerpo glorioso sin limitaciones. La muerte no es más que la puerta a través de la cual saldré de esta existencia para adentrarme en otra muchísimo más

⁸ Salvoldi V, Häring, San Pablo, Madrid 1998

⁹ Cardenal Bernardín, El don de la paz, Planeta/Testimonio, Barcelona 1998

emocionante y rica. Agradezco mucho a Dios la oportunidad de ver llegar la muerte para poder prepararme mejor para este tránsito tan importante en mi existencia.¹⁰

Marcho conformado y sereno

XAVIER JOUNOU, ALCALDE DE SOLSONA

Dios lo ha querido y yo lo acepto. Siempre he estado a su disposición, y no puedo echarme atrás ahora, aun cuando me cueste entenderlo. Marcho conformado, tranquilo y sereno, pero con el alma sobrecogida por todas las personas estimadas que dejo. Ser cristiano ha marcado profundamente en la vida. Me he sentido cerca siempre de la gente sencilla que trabaja en sus parroquias, de la gente que por amor a Cristo se da de manera humilde y nada ruidosa. Cómo me acuerdo en estos momentos del obispo Pere o de las monjas del Hospital y de tantas y tantas otras vidas, creyentes y no creyentes, entregadas de lleno a derramar amor sobre quien más lo necesita, ya sea por fidelidad al Evangelio, ya sea por amor a la dignidad humana... Bien, me voy con el Hijo del carpintero de Nazaret, mi guía en esta vida terrenal. Aquí, cerca de la Virgen María del Claustro, os digo adiós. Dios lo ha querido y yo lo acepto, y le pido que os ayude a aceptarlo a vosotros. ¡Que en el cielo nos podamos reencontrar todos juntos. Me llevo todo vuestro amor y todo vuestro afecto dentro de la cajita de mi corazón!

RECOPILÓ Y SELECCIONÓ: RUDESINDO DELGADO

PUBLICADO EN LABOR HOSPITALARIA N. 302 (2012)

¹⁰ Entrevista aparecida en el Diario de Navarra (16.12.2001)